

Querido papá: hoy te escribo esta carta; una más entre las cientos de cartas que te he escrito durante todos estos años; una más de las miles que me quedan por escribirte en lo que me reste de vida. Eso sí esta es una carta muy especial, porque en ella te voy a desvelar la única cosa que no te he contado de mi vida, en verdad mi mayor deseo, y es que no quería decirte nada hasta que estuviera segura de que se iba a cumplir ciento por cien, aunque sé que tú ya intuyes de qué se trata.

Cómo ha pasado el tiempo, ¿verdad? Y qué cosas tan peculiares tiene la vida: nacer el mismo día de tu muerte... Mamá te perdió con un inmenso dolor, y a mí me parió con dolores terribles. A ti te metieron en un ataúd casi al mismo tiempo que a mí me metieron en una incubadora. ¿Puede alguien imaginar cosa más fuerte que esta? Ya sabes que mamá se puso de parto antes de tiempo a causa de la terrible impresión que recibió al enterarse del atentado en el que perdiste... no, perdiste no; en el que te robaron la vida. Entonces sintió como si su mundo se hubiera desgajado igual que un cielo se desgarró para descargar sobre la faz de la Tierra hasta la última gota del diluvio universal. Ella derramó por nosotros hasta la última lágrima de todas las que hubiera tenido que llorar a lo largo de su existencia, su llanto al fin seco y descarnado. Quizá por eso mismo entre tú y yo fraguó un vínculo invisible e indestructible, el único que es cierto en nuestra existencia: el de la vida y la muerte, gran verdad de nuestros destinos.

¿Sabes una cosa? La abuela, con sus ojos llorosos e inyectados en sangre, me contó mil veces que no hubo forma humana de retener a mamá en la clínica el día de tu funeral. Aquel día, tras parirme, mamá discutió con médicos, enfermeras y celadores, incluso con la familia, por estar al lado tuyo a pesar de la enorme debilidad y desaliento que arrastraba después de tanto dolor, sufrimiento y aflicción acumulados en tan pocas horas. Me dijo también que mamá lloró con infinita rabia al no poder abrazar tu cuerpo; tanto como lloró durante meses y meses cuando me tenía entre sus brazos mientras me amamantaba. Pero ya ves: ella, a pesar de su aparente fragilidad, se armó de entereza, inventándose como una mujer fuerte, casi titánica. Porque logró sacarme adelante por más que su vida se vio lastrada por tu asesinato; por más que tu falta a destiempo fuera una rémora para su existencia.

Todos vuestros proyectos quedaron destrozados, así como todas las ilusiones saltaron por los aires, partidas en mil pedazos. Sin embargo, aquí seguimos los tres: mamá, tú y yo, hoy tan juntos como juntos hemos estado a lo largo de todos estos años. Pobres imbéciles quienes pensaron que podían separarnos; eso jamás de los jamases. ¡Por estas!

Papá, ni te imaginas cuánto te echo en falta... Te añoro con todas mis fuerzas a pesar de que siempre te he sentido muy cerca. Quizá por eso mismo hoy más que nunca te escribo con las emociones a flor de piel y con el orgullo por bandera. También lo hago con el sentimiento de sentirte hoy más cerca, si cabe, de lo que jamás te he sentido, aunque con la pena de no poder tocarte o darte un simple beso... simplemente de no poder abrazarte.

Hoy más que nunca siento cómo inflaman mi pecho el honor y la satisfacción de llevar tu sangre en mis venas, de sentirla como un torrente fluyendo bajo mi piel, impelida por la firme decisión que he tomé cuando tuve uso de razón, aunque sé que esto último nunca fue plato de buen gusto para mamá. A ella la he visto refunfuñar cientos de veces; y más veces aún dibujar en su cara ese gesto severo que tú bien conoces, que denota enfado profundo, pero que tú y yo sabemos que es solo superficial, pues bajo el rictus adusto siempre disimula la infinita ternura con la que te trató y me crió.

Ella sabe de mi enorme obstinación, heredada de ti. Por eso mismo, con sus continuos suspiros trataba de aliviar la preocupación que le causaba el hecho de que yo nunca iba a dar mi brazo a torcer. Tuvo que conformarse con mi decisión, la más importante que jamás haya tomado, de la cual me siento muy orgullosa pues, entre otras cosas, ha sido motor de mi existencia. ¿Sabes que en más de una ocasión sorprendí a mamá espiándome a través de una rendija de la puerta de mi habitación? Sí. Pero yo hacía como que no la veía, ella siempre con una sonrisa en la boca, mueca que cambiaba por seriedad cuando empujaba la puerta y aparecía cruzando el umbral como una diosa portando un tazón de chocolate caliente en la mano, para que yo me reconfortara durante las largas madrugadas de estudio que pasé preparando la oposición para el ingreso en el la Academia de Oficiales de la Guardia Civil. Ella siempre ha sido así de peculiar, de especial, de protectora... de maravillosa. Empero eso tú lo sabes bien; mucho mejor que yo ¿verdad? Es tu compañera, tu amiga, tu cómplice... Quizá por eso mismo no consintió que tu sueño de volver algún día a tu tierra se quedara sin cumplir. Regresaste; no como teníais planeado, pero regresaste para descansar en la tierra que te vio nacer.

Ya viste que el pueblo entero se echó a la calle para recibirte. Tienes que sentirte orgulloso de tu paisanaje, pues nadie se quedó en su casa. Todos arrojaron a mamá, sin fisuras, para que su paso fuese firme y seguro durante el camino hacia el cementerio, la doblez de los cipreses representando en ese crucial y afligido instante todo el dolor y la rabia que se habían acumulado en las entrañas de cuantos sintieron tu muerte como propia, los cuales te consideraban y apreciaban de tal manera que no habrían dudado un segundo de que una parte de ellos mismos se hubiese marchado contigo para que no

murieses del todo. ¡Y vaya que sí lo consiguieron! Porque sigues vivo entre todos nosotros.

Dicen que la mayor riqueza a la que podemos aspirar es a la cantidad de amigos que atesoramos y a la calidad de la amistad que uno cosecha a lo largo de la vida. Pues vaya si tu riqueza es grande, papá; ni uno solo de tus amigos se ha olvidado de ti, ni ha dejado de estar pendiente de mamá y de mí en todos estos años. Te diré que muchos de ellos ahora están ahí afuera. No todos pudieron venir, aunque puedes estar seguro de que ninguno dejó de llamarme por teléfono para mostrarme su total apoyo y para darme su felicitación, que en el fondo bien sé yo que a quien felicitan es a ti. Eso sí que es una riqueza de verdad, una verdadera Patria, y no la que tratan de inventar los bastardos del tiro en la nuca y la bomba indiscriminada, que no hacen otra cosa que idealizar con levantar sus fronteras sobre los montones de cadáveres de *sus enemigos*, de enemigos que solo ellos ven en sus mentes enfermas de cólera y rencor, fronteras dentro de las cuales se ensalza al criminal, y se banaliza a las víctimas cuando no se las desprestigia e incluso criminaliza, que esto último es lo más común entre quienes tienen un concepto equivocado de la Libertad, la Democracia y la Paz, porque ellos son creadores de todo lo contrario: de la opresión, de la dictadura... de la guerra. Esas patrias que proclaman con sus actos violentos no las quiero yo ni para quienes las desean. A esas patrias hay que combatir las con la fuerza de la Ley en la mano, para así situar a sus valedores en el lugar que merecen: delante de un tribunal de Justicia, detrás de las rejas cumpliendo la condena que ellos mismos buscaron. Yo quiero una Patria donde imperen la Ley y la Justicia.

Papá, nosotros nos quedamos en tu Patria para sentir no solo consuelo, sino fortaleza. Porque esa es tu Patria, la nuestra, la de todos los hombres y mujeres de bien. Es ahí donde queremos estar, entre otras muchas cosas, porque tú defendiste tu Patria con tu vida. Y nos quedamos en ella por derecho propio, para estar contigo, para sentirnos muy cerca de ti, como tú deseabas siempre, que mamá me contó mil veces lo cariñoso que eras con ella y lo ilusionado que estabas con mi nacimiento; a veces demasiado pegajoso con tanto beso y arrumaco, que tenías que darle un *piquito* aunque solo fueras de una habitación a otra de la vivienda que teníais asignada en el cuartel. Lástima que yo no haya podido decirte eso mismo, que eres un pegajoso también conmigo. Ahora ella me lo dice a mí, que soy una pegajosa. Yo no se lo tomo en cuenta. Porque sé que en el fondo, y no tan en el fondo, le gusta que lo sea, y más aún que me parezca tanto a ti, que según ella dice tú y yo somos como dos gotas de agua. Es cierto, en las fotos no dejo de encontrarme un parecido más que razonable contigo. Y me gusta. Y ojalá que conforme vaya cumpliendo años el parecido se vaya acrecentando entre los dos.

Y hablando de fotos: no sabes cómo me duele que el único álbum de fotos que tenemos en casa tenga tantas hojas vacías. Porque claro, faltan todas esas fotos que tú y yo jamás nos hicimos: las de mi bautizo; las de mis primeros juegos; las de las fiestas de mis cumpleaños; las de mi primera comunión; las de las vacaciones en la playa; las de las excursiones por el campo... Y tampoco estarán las que hoy podríamos habernos hecho. Pero no te preocupes. Cuando mamá y yo nos hagamos la foto oficial en el estudio, entre ella y yo pondremos la gran fotografía tuya que preside el salón de nuestra casa, tú tan guapo con tu uniforme de gala de la Guardia Civil. Seguro que nos emocionaremos, pero por sentirte allí, a nuestro lado, abrazados los tres.

Hoy es un día especial. Supongo que mamá estará reviviendo emociones y sensaciones intensas y contradictorias. Estará feliz porque yo he conseguido lo que quería. Y estará triste de que tú no puedas verlo y vivirlo en persona. Eso sí: sabemos que estás a nuestro lado, y sentirlo así nos reconforta de una manera que los bastardos que te apartaron de nuestro lado no pueden llegar a imaginar, como tampoco imaginan que por más barbarie y dolor que derramen a su alrededor jamás vencerán batalla alguna, pues solo existe una guerra en la suciedad de sus cabezas desquiciadas y ese es un objetivo perdido de antemano. Nunca podrán llegar a imaginarlo, porque si lo hicieran se volverían locos de pensar cómo han desperdiciado sus vidas, cómo se han esclavizado a existencias de las que ni siquiera son dueños.

Ahora ya tengo que dejarte. Por cierto: si vieras lo bien que me sienta el uniforme de oficial... Teniente, papá, Teniente de la Guardia Civil. Sé que tú estás cuadrándote delante de mí allí donde te encuentres. Pues descansa, pero no porque te lo ordena un oficial de rango superior, sino porque te lo pide tu hija, esa hija que hoy viste con orgullo tu mismo uniforme, y a la que han concedido el enorme honor de que la bandera que hace años cubrió tu féretro hoy ondee reluciente en uno de los mástiles que rodean el patio de armas donde va a celebrarse la entrega de despachos de oficiales. No hay mejor manera de saber que tú estás con nosotros, mirándonos desde el cielo. Y espero hacer honor a tu memoria, cumpliendo cada uno de los servicios que me asignen con disciplina, entrega, valentía, compañerismo y abnegación, valores de la Guardia Civil que tú defendiste hasta el último aliento de tu vida, y a los cuales yo prometo honrar por ti y por todos, dándolo todo para hacerme y sentirme digna de ellos.

Ahora sí; hasta la próxima, que será muy pronto. Te quiere, tu hija del alma.

P.D. Muchos besos de parte de mamá.